

Somos el que Todavía No Existe

Por la Dra. Luz de Pascoe

"La búsqueda de la identidad se organiza en una ruta infinita a lo largo de la vida, y son precisamente los avatares, los personajes con que construimos nuestras máscaras, pasos necesarios para construir un diálogo con nosotros mismos, lúcido, consciente e inconsciente, un diálogo que nos aflige y que habla de un vacío y de la imposibilidad de la resolución definitiva."

TRES PREMISAS

- Las máscaras no son falsedad: son la condición de posibilidad del diálogo interno. Sin personajes, no hay narración.
- El vacío no es un fallo: es el motor. No hay resolución definitiva porque el sujeto es, por definición, inacabado.
- Las redes sociales son el espejo donde la adolescencia escenifica esta paradoja: multiplican las máscaras, aceleran los cambios de avatar, pero también visibilizan la angustia de no encontrar un "yo" estable.

LA PREGUNTA QUE NO ADMITE SILENCIO

El conflicto identitario en la adolescencia no es una crisis más, es el momento en que el vacío constitutivo del sujeto, ese agujero que es la castración, deja de ser un rumor de fondo para convertirse en un acento agudo, casi insoportable.

Es un vacío ansioso, la presencia punzante de una pregunta que no encuentra objeto ("¿quién soy?"), una interrogación que se vive como urgencia física, como opresión en el pecho, como vértigo ante el espejo. Duele porque exige una respuesta y al mismo tiempo la sabotea, porque cualquier intento de identidad fija se desvanece al instante.





"A veces creemos que buscamos quiénes somos, cuando en realidad aprendemos a habitar las máscaras que nos permiten seguir construyéndonos. El vacío no siempre es una pérdida; muchas veces es el lugar donde comienza la búsqueda."

CINCO ACTOS

Acto I: La máscara como condición de existencia

Las máscaras no ocultan un "verdadero yo"; lo construyen. El sujeto es, por definición, un ser de falta. La identidad es un sinthome: un nudo de ficción. El adolescente descubre que no hay un "yo verdadero" detrás de las apariencias, sino que el yo es la apariencia misma. La angustia no viene de "no ser auténtico", sino de no poder fijar ninguna máscara como definitiva.

Acto II: El vacío como pulsación

El vacío identitario no es un agujero pasivo, sino una exigencia activa: duele porque pide ser llenado, pero cualquier intento de respuesta se desvanece. Se experimenta como urgencia física, opresión, vértigo, insomnio y no admite tregua: "¿quién soy?" no se puede aplazar ni responder. El adolescente busca ruido, movimiento, cualquier cosa que tape el eco de la pregunta. Pero el vacío no es enemigo: es el motor de la búsqueda.

LA RED: ALIVIO Y ESPEJISMO

Las redes sociales aparecen como un anestésico y un laboratorio.

Alivian porque ofrecen máscaras instantáneas, avatares, filtros, tribus, que permiten ensayar versiones sin peso de permanencia; multiplican los espejos y convierten la soledad del vacío en experiencia compartida.

Amplifican la multiplicación de versiones que hace más evidente la ausencia de un núcleo estable, y la mirada del otro, los likes, los comentarios, se convierten en un oxígeno que, cuando falta, asfixia. La identidad, como el horizonte, se aleja en la medida en que se camina hacia ella.

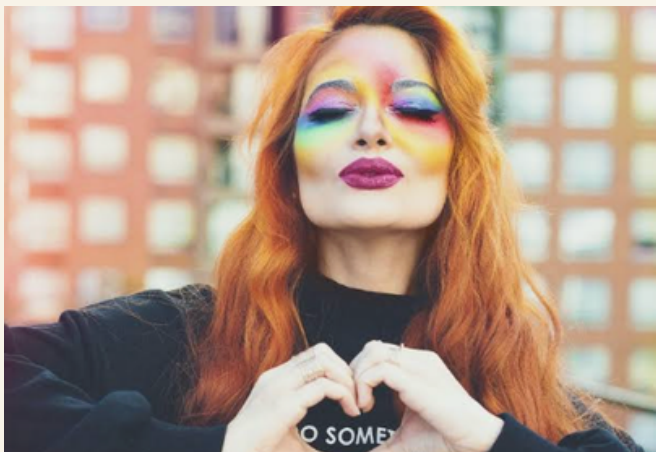


Acto III: La red como escenario

Las redes son el teatro donde se ensayan máscaras con velocidad inédita: se puede ser punk a las 10 a.m., poeta a las 3 p.m. e influencer en la noche.

Alivian porque ofrecen respuestas instantáneas, likes, comentarios, que funcionan como espejos; multiplican comunidades donde el vacío se comparte; permiten editar la imagen hasta un ideal fugaz.

Pero amplifican el espejismo: la multiplicación de versiones evidencia la ausencia de núcleo estable; la dependencia de la mirada ajena convierte la identidad en producto que necesita validación constante; la velocidad impide la elaboración, no hay tiempo para el duelo de una máscara, ya hay que ponerse la siguiente.



Acto IV: El deseo del Otro y la sombra del incesto

Este es el punto más estructural del psicoanálisis. En la adolescencia, la pregunta "¿qué quiere el Otro de mí?" se encarna en las figuras primarias.



El deseo del Otro está atravesado por el complejo de Edipo, que regresa con fuerza particular, no como acto real, sino como fantasía inconsciente que se actualiza. El estrago materno: no es daño activo, sino que la madre goza del hijo como objeto para taponar su propia falta. En la adolescencia, el cuerpo real del sujeto se sexualiza, y el Otro materno ya no puede tratarlo como "su niño".

El estrago es la oferta simbólica de ser el hombre o la mujer de la madre para que ella no enfrente su vacío: confidencias, celos, intrusión.

El adolescente debe rechazar esa oferta para desear por fuera del lazo materno. Si no, su deseo queda colonizado: no puede elegir pareja sin la sombra de la madre. Las redes permiten escenificar esta dinámica: publicar fotos provocativas, buscar aprobación de adultos desconocidos, repetir patrones de seducción que ensayan una salida de la familia.



El dilema es el vacío insoportable o el incesto.

El adolescente debe elegir entre la angustia de no ser nada, el vacío que no admite respuesta y la trampa de serlo todo para el Otro, el incesto que coloniza el deseo.

Pero hay una tercera vía: transitar el vacío sin llenarlo, y renunciar al incesto sin odiarlo. Esa vía es la construcción de un deseo propio, que no nace de la identidad fija ni del goce del Otro, sino del acto de narrarse a sabiendas de que toda narración es provisional.



Artículo por la Dra. Luz de Pascoe

contacto: luzdepascoe@gmail.com

La identidad no es un destino, sino un diálogo inacabado entre máscaras y vacío, entre el deseo de ser visto y el miedo a ser fijado. Las redes son el escenario contemporáneo: ruidoso, veloz, compartido, pero sin clausura.

La imposibilidad de resolución definitiva no es un fracaso: es la condición de la vida psíquica, el latido que nos mantiene en movimiento.

La función del incesto es estructural: la prohibición —el Nombre-del-Padre— separa al sujeto del deseo del Otro y lo obliga a buscar su deseo fuera de la familia. Esa renuncia duele, porque implica perder la posición privilegiada de ser "el objeto de deseo" de los padres.

Pero el sujeto no es un objeto. Es, por definición, el que todavía no existe.

Ésa es nuestra única certeza, nuestra angustia y nuestra obra.